

R. Kraus, *La vida privada y pública de Sócrates*. Barcelona, Arpa & Alfíl, 2022, 480 pp. [ISBN: 978-84-18741-36-4]

Es más que bienvenida la edición en español en Arpa & Alfíl Editores en Barcelona de *La vida privada y pública de Sócrates*, de René Kraus, recogiendo la traducción, realizada ya hace bastantes años (1959) por Miguel de Hernani para su publicación en Buenos Aires en esas fechas. El escritor austriaco y consejero de prensa en varios países, biógrafo también de otros destacados personajes (como Churchill), nos ofrece “una fascinante y original biografía sobre Sócrates y la Atenas de su tiempo”, como señala acertadamente Manel García en su brillante prólogo a la obra. Con gran maestría y de forma casi novelada, el autor nos presenta un panorama muy vivo y colorido de Atenas de la época de la Pentecontecia y de la guerra del Peloponeso. La obra no es solo una biografía de Sócrates, sino que se muestra un retrato dinámico y estimulante de Atenas en el que, además de nuestro protagonista, se descubren a través de un fino trazado psicológico y de un análisis sociológico de la Atenas del momento, otros personajes que “cobran vida” como, fundamentalmente, Pericles, Aspasia, Fidiades, Alcibíades, Critón, Anito, Lisias, Aristófanes, Jantipa, etc. El relato, extraordinariamente documentado, no es además un mero cúmulo de información y de datos, sino un tejido de la historia novelada de la ciudad que termina formando un tapiz coherente, interesante (y sí, entrañable en cuanto a la figura de Sócrates se refiere), de los acontecimientos, dinámicas históricas e ideas de la ciudad en aquellos años, especialmente, como no podía ser de otro modo, de las ideas o supuestas ideas del propio Sócrates. La obra es especialmente interesante porque muestra, como cabe esperar de este y de todo trabajo de historia, novelado o no, la impronta del propio autor y su contexto histórico, recordándonos que “toda historia es historia contemporánea”. Los “anacronismos”, quizás voluntariamente buscados, se hacen eco de rasgos y trazos de historia contemporánea y, sin duda, de la experiencia vital del autor; entre ellos se encuentran “el presidente” (Pericles), “la política social del gobierno”, “la economía de estado”, “la liga de las naciones”, las pasiones “nacionalistas y socialistas” (Cleón), “el proletariado”, “el secretario general del partido”, “el ministro de Hacienda”, la “guerra mundial”, la “dictadura” (Esparta), etc. Sin duda estas expresiones contribuyen a comprender al lector no versado el ambiente de la época con un lenguaje actual, pero también hablan de la historia reciente vivida por René Kraus en un marco internacional especialmente agitado con los años de guerras mundiales y de entre y postguerra, con lo que se pone de manifiesto, de nuevo, la importancia de la historia del mundo clásico, y especialmente de la Atenas democrática, para la autocomprensión de la sociedad actual, como espejo vivo, pero al mismo tiempo distorsionante, del presente.

“Solo sé que no sé nada”, frase célebre de Sócrates, quizás la más citada en la obra y que nos trae a la mente la humildad del conocimiento que parece que Sócrates promulgó toda su vida, junto con la introspección personal tomada de una máxima

de Delfos (“conócete a ti mismo”). Quizás el mensaje está más vivo que nunca en un contexto de grandes conocimientos externos del macrocosmos y de relativismo postmoderno, que se hace eco del pensamiento sofisticado de la Antigüedad, en un mundo donde la política lo llena todo con discursos convenientemente contruidos y la verdad, sea cual sea, importa poco. La obra pone demasiado énfasis, quizás, en las figuras de políticos protagonistas (el propio Pericles de quien el libro puede casi considerarse también biografía), dejando a la “chusma del pueblo”, a la que se refiere con cierto tono despectivo, en un segundo plano, como agitadora y revoltosa, reflejo del *demos* ateniense en determinados contextos, pero también sin duda, imagen, en la mente de Kraus, del pueblo (del proletariado) contemporáneo que queda en segundo plano en su acción política, lo que es más propio de las democracias de carácter representativo actual que no de la democracia directa ateniense.

La obra de Kraus es una obra sobre Sócrates, sobre su pensamiento, pero sobre todo sobre su figura y su personalidad, con un acercamiento muy penetrante tanto a su apariencia de fauno bondadoso y popular como a la belleza y autenticidad que Kraus adivina en su espíritu. Sin embargo, el libro es, también, una obra sobre Atenas y es que Sócrates sin Atenas y sin la democracia no parece entenderse, ya que el “Sócrates de Kraus” es “producto natural del suelo de Atenas”, con un guiño a ese mito fundacional de la autoctonía. Puede decirse, sin embargo, que hay “tantos Sócrates” como autores han escrito sobre él y las versiones e interpretaciones sobre el filósofo son inagotables y todas pueden tener elementos legítimos. Kraus, sin embargo, consigue crear un personaje creíble y muy vivo, lleno de amor entrañable por el hombre y de humilde luz de conocimiento, incomprensible, por lo demás, para la mayor parte de los hombres de su época, pero amado y aborrecido (momentáneamente) por ellos, como magistralmente señala el autor: “la ciudad le quería aunque acabó aniquilándole”.

Sócrates es presentado como el hombre sencillo, de clase social mediana o baja, pobre por posición y por voluntad (especialmente cuando deja de trabajar), deambulante por las calles de Atenas, del mercado, de los talleres, invitado a simposios de la élite de la ciudad, élite social e intelectual, como el famoso salón de Aspasia donde se reúne la “crème de la crème” de la intelectualidad del momento. Sócrates, el humilde sin complejos, el ciudadano fiel a las leyes, el crítico permanente de su sociedad, de la falsedad del discurso, de la democracia sin juicio y sin introspección personal, el defensor, buscador y educador del hombre, aquel que indagó sobre el alma del individuo, lo bello, lo bueno, lo justo, la verdad y encontró al “genio”, a la divinidad dentro de su conciencia, con quien mantuvo una relación personal y que le llevó a afirmar: “para el hombre de bien no hay mal posible ni en la vida ni en la muerte” y “quien hace el mal se ataca a sí mismo”. Sócrates defendió, además, que “la naturaleza femenina no es inferior a la masculina”, presentando la obra algunos rasgos que nos recuerdan el drama femenino en la guerra y en general en la sociedad griega, y la mujer como “un mero animal doméstico destinado a la maternidad y al dolor”. Quizás podemos dejar al propio Kraus describir al maestro con sus palabras: “no era un reformador social, sino un explorador de las almas. Quería reformar el pequeño círculo en que vivía, comenzando por el individuo. No era un vano sofista con frases brillantes... en conversaciones sencillas, se abría camino hacia la luz”.

Su gran “pecado”, más que su genio personal incomprensible, pero que habría sido, a pesar del fanatismo de Diopites, perdonado, fue ser el maestro de Critias y de Alcibíades y su, quizás incomprensida, crítica a la democracia, así como su nulo

interés por buscar, con falsedad, la complacencia del pueblo. Sócrates fue el tábano de la Atenas del momento, pero la obra de Kraus nos muestra con lucidez los puntos de contacto con la ciudad que le dio a luz (como su madre) y donde se teje su historia y su pensamiento en la sociedad democrática. En fin, el autor nos muestra a un Sócrates genial y a una Atenas apasionante que despertará, sin duda, el interés y el amor por la Antigüedad griega y todo lo que de ella podemos aprender. A través del personaje, la historia de la ciudad cobra vida y se dramatiza en 18 capítulos en los que se pasa de los años de esplendor (demasiado apegados, en la visión del autor, a Pericles) a la situación de guerra y a las contradicciones y dramas de la ciudad, como la plaga o la expedición a Sicilia, en esos años en los que la figura de Alcibiades, siempre provocativa y brillante, se presenta, junto a la de Sócrates en primer plano. Termina la obra con el famoso juicio y la muerte del filósofo en un último capítulo íntimo en el que ya Sócrates se ha hecho “de la familia”, de manera que el espectador comprende un poco más a “Jantipa” quien, desde la calle, la cotidianidad, el trabajo, la sencillez, el desconocimiento, la exasperación y sí, la histeria, se encuentra al mismo tiempo cerca y lejos del gran visionario y genio, fundador de la filosofía moral, por quien no se puede más que sentir un gran afecto, admirando su genialidad, su veracidad y su fina ironía en la vida: “No os olvidéis de que debemos un gallo a Esculapio”.

Gracias (póstumas) a Kraus por esta iluminada visión de Atenas que nos recuerda, al mismo tiempo, que pasado y presente se funden en la historia y que toda sociedad necesita sus “Sócrates”. Ojalá la nuestra los encuentre sin condenarlos.

Miriam Valdés Guía
Universidad Complutense de Madrid
mavaldes@ghis.ucm.es